

Viaje sin regreso para Manuel

Andrés Romero **

Estudiante de Historia

Universidad de Antioquia

Entonces no sabía que Manuel nos cuidaba, pero debí sospecharlo al reconocer su figura al otro lado de la calle. Nos veía a nosotros, los ocho estudiantes que recién llegaban a uno de los pocos hoteles habilitados del municipio. Fue en Tibú, en la región del Catatumbo, un nombre cuya cadencia no era menos fuerte que su historia. Quizá por eso dejamos las maletas y no salimos hasta que fuera prudente. Además, estábamos sorprendidos: apenas nos bajamos del bus, Manuel nos dijo que el hotel ya estaba pago. «¿Pago?», preguntamos, y no quiso dar muchas explicaciones. Entonces caminamos por una calle estrecha, repleta de motos apagadas, pero con el piloto encima.

Manuel nos guio sin que nadie dijera nada. Hablar parecía algo incómodo, sobre todo cuando la gente comía, fumaba y esperaba con los ojos puestos sobre nosotros: ocho jóvenes y un adulto, equipados como si fueran a quedarse mucho tiempo. En silencio, recuerdo, observé las golondrinas sobre los cables de luz, más por hacerme el ocupado que por no saber responder las miradas. Pronto llegamos al hotel. Manuel dijo que nos pusiéramos cómodos, que él dormiría en la casa del frente, donde un viejo amigo. Desde allí nos cuidaba.

Nuestro hotel tenía cuatro piezas, con dos camas y una ducha que inundaba el piso entero. «Es para ahorrar la limpieza», dijo la señora, quien nos entregó las llaves y

**Seudónimo del estudiante del pregrado en Historia en la Universidad de Antioquia, Bryan Andrés Mosquera Romero.

PENSAR HISTORIA

nos hizo el *check in* a su modo: preguntó nombres y los pegó con cinta en cada llavero. «Coman algo que por esta semana cierran todo a las 9», advirtió la señora. Podemos salir, pensé, y estoy seguro de que mis amigos también sintieron el hambre que hace doler los oídos. Al caminar por el zaguán, vi tres motos parqueadas frente al hotel, que desde luego nos miraban. Pero también vi la figura de Manuel, quien pasó la calle sin importarle mucho las motos. Repitió las palabras de la señora: «vayan y coman». Y luego agregó: «mañana la jornada es larga».

Así empezó el viaje, que acabaría tiempo después, en la casa de Manuel, en Bogotá. Al Catatumbo fuimos para el IV encuentro de Zonas de Reserva Campesina, una figura de ordenamiento territorial que sirve, palabras más palabras menos, para que nadie los moleste. Eran cuatro días, constelados de charlas, intervenciones y la cereza del pastel, como no: fiesta el último día.

La mayoría de las charlas eran en el coliseo deportivo del municipio, que por entonces hacía las veces de campamento para el montón de personas que recibía Tibú. Nosotros, por motivos que días después conocimos, nos quedamos en el hotel, cerca de Manuel, quien era profesor de la universidad, pero cuyas clases aún no recibíamos. La mayoría cursaba los primeros semestres, cuando no el primero –entre ellos yo-, así que Manuel era más una sombra tutelar que alguien cercano. Sabíamos dos cosas: era médico, pero luego estudió Historia. Durante el evento, daría una charla sobre el conflicto petrolero en las zonas de Santander. Tan curtido era Manuel en estos congresos que cuando despertamos, a uno de nosotros le había dejado un mensaje en el WhatsApp: *Repitan plato y escuchen como si no fueran de la universidad.*

Sabia bitácora. Pronto comprendimos el primer consejo, cuando los huevos con pan que desayunamos quedaron en nada ante la descomunal charla de bienvenida. Ni qué decir de las arengas cada cinco minutos. El calor, por supuesto, nos redujo. No lo notamos del hotel al coliseo, pues caminamos por las casas con aleros no tan largos, pero que servían para hacerle quite al sol. Son poco comunes las casas de más de tres pisos en Tibú, como también un camino que no levante polvo ante el avance tempestivo de las motos.

PENSAR HISTORIA

Ya en el coliseo, afrontamos otra desventaja: quienes habían dormido la noche anterior allí, agarraron las sillas cubiertas por el techo. A las dos de la tarde estábamos aniquilados. Uno de mis amigos, convencido de que al caminar el sol no pega igual, dio ronda por el coliseo. Al regresar nos dijo que pronto servirían los almuerzos; cierta parte del coliseo, aquella que utilizaban como camerino para el polideportivo, sirvió como restaurante comunitario. Cada uno alistó la vasija de plástico -utensilio que compramos juntos en la ciudad-, y nos dirigimos a la trastienda de la comelona: perdimos la cuenta en la olla 43. Recibimos el doble de raciones que se regaban, servidas al tope, con pollo, papa y yuca, y hasta aguapanela, que a los pocos minutos terminó hervida, cumpliendo aquel adagio de que, tanto más calor hace, cuanto más caliente debe estar el líquido.

El segundo consejo de Manuel fue el más ambiguo, y por lo mismo el que mejor recuerdo. Las charlas ocupaban, en su mayoría, agendas que desde la ciudad se investigan, pero que en los territorios rurales se ofician desde antaño. Eran hechas en mesa redonda, con sillas de cantina y mesas de escuela, y cada intervención, precedida por la presentación, siempre era de pie. Campesinos del Sumapaz, colonos del Guaviare, líderes del Cauca, cocaleros del Norte. Cada uno con su historia. Recuerdo mucho un campesino del Sumapaz, nostálgico del comunismo de Juan de la Cruz, cuya reflexión, en apariencia, nada tenía que ver con objetos institucionales, ni triquiñuelas burocráticas.

Su preocupación más grande era que su hijo dejara el campo por la ciudad. «Cambiar 4 patas por 4 ruedas», dijo, y aún hoy intento entenderlo. También recuerdo un campesino del Cauca, viejo y con muletas, heredero quizá de las lecturas de Quintín Lame y de la colonización temprana de la Violencia. Hablaba con tanta propiedad sobre Stalin, con brazos erguidos y pausas solemnes, que por momentos dudé si el *¿Qué hacer?* era de Lenin, a quien en realidad citaba. Eran tan sentidas las intervenciones, tan personales, que desatendí el lapicero y la hoja, y me dediqué por completo a escuchar.

A Manuel lo volvimos a ver el último día del encuentro. Vestía guayabera y llegó

PENSAR HISTORIA

con mucha cerveza. Era el día de la fiesta, así que nos ubicamos cerca de la tarima. Al haber tanta gente, todos fuimos más bien intermitentes. Las conversaciones eran abiertas, cualquiera podía meter la cucharada y continuar después, sin que le quitaran el plato de la mesa. Bien mirado, allí hablamos con Manuel por primera vez. Aflojamos la lengua, como no, y comentamos las impresiones más obvias, pero también las más preocupantes.

Una compañera habló de lo sospechoso que le había parecido un hombre ya adulto, que llegó al final de una conferencia, y como si fuera rutinario, tomó una foto de la lista de los asistentes. Manuel mantuvo la serenidad de siempre: «Así son de descarados». Incluso la mantuvo minutos después, cuando empezó a regarse el rumor de una posible bomba debajo de la tarima. La canción paró, quizá algún vallenato, y hubo silencio como por cinco minutos. Manuel nos ofreció otra cerveza, sacó un cigarrillo y se sentó en la acera. «No va a pasar nada», sentenció. Así fue: bastó un minuto para que el acordeonero volviera a la tarima, junto con su conjunto, y tocaran los vallenatos más viejos, de esos que le cantan más a la muerte que al desamor. De pronto el amanecer nos superó en número, pero

pudimos darle cara al sol sin sentirnos indignos. Además, la fiesta aún no terminaba: acabaría en Bogotá, pues Manuel nos había invitado a su casa. Allí sí terminaría el viaje.

La Bogotá que nos tocó en suerte con Manuel empezó con la muerte de Gaitán. El reloj digital de El Tiempo, ubicado en la carrera Séptima, daba más de las 11 de la noche. Hacía frío, desde luego, y más con los cerros a nuestras espaldas. Pero más que frío, las calles empedradas y los edificios grises, que no eran coloniales, hacían de la Séptima un corredor vulnerable no solo a los recuerdos, sino a los robos. «Toquen la placa», dijo Manuel, y nos explicó que allí había muerto Gaitán, frente a lo que antes era el edificio Agustín Nieto, y en donde hoy, como tragicomedia, queda un McDonald's.

Nos explicó el 9 de abril según lo relata Plinio Mendoza, compadre de Gaitán. Ese día, antes de la horda y el fuego, Gaitán estaba contento. Había ganado, a punta de oratoria, un juicio en el que defendía al teniente Cortés, quien, en un acto de honor, terminó con la vida de un periodista por un artículo en el que denunciaba los malos tratos del teniente

PENSAR HISTORIA

hacia la tropa. El buen humor de Gaitán se vería apagado por las balas de, al parecer, un joven camandulero llamado Juan Roa Sierra. Esto nos lo explicó mientras llegábamos a la Plaza de Bolívar, cuyas palomas dormían apacibles sobre las puntas de la Catedral Primada y el Palacio, dejando a su suerte sus primas lejanas, las ratas, que revoloteaban bajo la estatua de Bolívar. Cerca de allí, nos mostró la placa de Rafael Uribe Uribe, asesinado a golpes de hachuela por dos campesinos, artesanos ellos, en complot con los jesuitas, dicen todavía, o por simple rencilla. «Pero aún falta el magnicidio más importante», advirtió Manuel. «En mi casa les muestro».

La casa de Manuel quedaba cerca del Fondo de Cultura Económica. Era una casa colonial, adecuada para arriendos. Tenía dos entradas: una larga con zaguán, que terminaba en un cafeto enorme, cuya copa impedía ver las estrellas. La otra, que era el verdadero umbral de la casa de Manuel, era corrediza. Nos pidió dejar las maletas en los muebles, mientras él arreglaba arriba. «Saquen cervezas de la nevera», dijo también. Arriba quedaba el estudio de Manuel, una biblioteca rústica, con anaqueles que no superaban el metro, desperdigados por todo el ámbito. Ningún libro estaba tan arriba como para no ser alcanzado.

De repente salió Manuel con un maletín de cuero y nos pidió acercarnos, pues lo que íbamos a ver era su objeto máspreciado. Abrió el maletín y sacó una sotana, que extendió sobre el escritorio del estudio. Nos contó que la había confeccionado la misma sastre que confeccionaba las sotanas de Camilo Torres, antes de su paso más que fugaz por la guerrilla. Le había costado un dineral, sí, pero más le costó convencerla de volver a los viejos oficios luego de tantos años de retiro. Tenía el clériman y los pliegues a la misma medida de Camilo, aún consignados en la libreta de la sastre. Quizá al ver nuestra cara de sorpresa y al vernos caer en las seducciones de sus historias, Manuel guardó la sotana y tomó un largo trago de cerveza. «Siéntense», dijo.

Nos contó su vida. Supimos entonces porqué tan curtido en el Catatumbo, y en la casa de qué amigo había dormido. Era un viejo amigo, de cuando ingresó a cierta guerrilla que no inventaré, así como inventé el nombre de Manuel, por motivos ya más que conocidos. Nos habló, también, de sus decisiones, de su enorme salto de

PENSAR HISTORIA

medicina en la Nacional a militante armado en la selva. Hablamos de 1 a 5 de la mañana. Consideraba todo un error. El arma bajo la almohada ante los acechos de un pasado que ojalá fuera destructible con pólvora; de lo descartado que tuvo que volverse ante el rechazo de su familia por sus decisiones; del mucho tiempo que perdió. La fuga de sus recuerdos, que parecían salir con la presión propia de quien escucha siempre, quedó liberada cuando de un momento a otro, con Silvio –siempre Silvio– de fondo, Manuel logró dormir. Lo arrojamos en el mueble del estudio y salimos con el amanecer, cansados de un viaje que había empezado en el Catatumbo. Nunca más volvimos a hablar de lo ocurrido después de la sotana.

A Manuel lo vimos el lunes en la universidad, pero parecía no haber vuelto del viaje con nosotros. Pasaba derecho, evitando cualquier palabra, y cuando recibimos clase con él, si al caso el saludo. Nuestra amistad fue un viaje que terminó esa noche, con estos versos de fondo: *Quiero que me digas amor, que no todo fue naufragar. Por haber creído que amar, era el verbo más bello. Dímelo: me va la vida en ello.*